

– *¿En qué fuentes encontrabas estas informaciones?*

– Creo que la fuente no está en grandes obras. Quien lo ve claro para mí es Ramón de la Sagra. Hay que preguntarse por qué Ramón de la Sagra que es un liberal español, un hombre con un profundo amor por Cuba, uno de los intelectuales más serios que va a Cuba ¿por qué no se prestó a ninguna de las jugadas políticas de la época? Hay un dato significativo: en el año 1845 publica su más excelente trabajo sobre la esclavitud, a la vez que Saco publica su otro trabajo sobre la esclavitud. El trabajo de Saco circula libremente en Cuba, pero el trabajo de la Sagra es prohibido por el gobierno español porque contenía más elementos negativos contra la política española en Cuba que el de Saco. Estudié bastante a Saco y al final tuve una cierta decepción con el personaje.

– *¿Qué otras lecturas han sido importantes, qué historiografía, qué fuentes anteriores?*

– Como todos los cubanos, comencé mis estudios de la historia de Cuba a partir de los tres historiadores famosos: Morell de Santa Cruz, Arrate y Valdés; Arrate es una figura excepcional. Yo nunca supe qué nombre dar a su pensamiento, hasta que me lo sugirió maravillosamente un trabajo del venezolano Germán Carrera Damas, la llamaba *cultura cautiva*. Arrate es el típico hombre de la *cultura cautiva*. Eso lo desarrollo ya en el libro mío *Cuba-España, España-Cuba*. Después seguí con algo que es totalmente inevitable, las dos cumbres historiográficas españolas en Cuba en el siglo pasado: Sagra por una parte y Pezuela por otra. En Pezuela hay mucho más material político del que parece porque él sabe tratarlo muy bien y además es un gran erudito. Después me di cuenta de que la historiografía cautiva llega hasta Ramiro Guerra, que es un hombre con una gran cultura y un gran sentido de la cubanía. Creo que fue de una gran honestidad personal, que trabajó muy seriamente la historia de Cuba pero que estaba como preso en sus contradicciones frente a algo que no ofrecía en realidad la sustancia fundamental de la vida cubana. Algo similar me pasó con Herminio Portell Vilá, a quien sin embargo utilicé mucho y le debo mucho. Don Herminio tenía un defecto que no debe tener un historiador, era un cabezadura tremendo y cuando tenía un punto al cual agarrarse se agarraba desesperadamente, hasta el punto de creer en el no anexionismo de Narciso López. No se puede entender el peso de la burguesía cubana, la más abierta a las grandes innovaciones del siglo XIX en toda América Hispánica, sin estudiar el ferrocarril en Cuba: Habana -Güines en el 37 y dos años más tarde el ferrocarril de Matanzas.

– *Son asombrosos los avances en los estudios sobre la caña de azúcar y las invenciones de máquinas para la industria azucarera del científico cubano Álvaro Reynoso...*

– Es notable la forma en que los cubanos reaccionaron respecto al ferrocarril, la bomba de vapor, los aparatos de evaporación al vacío, a las centrífugas, a las comunicaciones, la manera con que llegan con el teléfono a toda la isla, la manera en que tiran la primera línea transatlántica, por lo menos una línea fundamental por debajo del mar, submarina desde Key West hasta La Habana. Hay grupos de cubanos jugando en la bolsa de Nueva York en el año 68; a mí me parece lo más avanzado del mundo de la época.

– *¿Qué otros factores te favorecieron como historiador?*

– Creo que si uno mira su vida hacia atrás hay varias cosas. Mi manera desordenada de estudiar fue para mí sumamente ventajosa. Por razones muy específicas fui un lector desesperado de novelas y poesías desde que tenía doce años. Eso me vino bien. Creo que ciertos novelistas más que novelistas son ensayistas, en ciertas novelas. Creo que la gran poesía, la poesía al más alto nivel, es una fuente histórica realmente insuperable.

– *Ya Borges hablaba de la posibilidad de la metáfora para conocer la realidad...*

– Yo leí a Borges y a otros grandes ensayistas sumamente joven. Entonces cuando llegué [como historiador] a la esclavitud no entendí ni un diablo. Por ejemplo: no sé porqué hablan de *Cecilia Valdés* como una novela antiesclavista; el suyo es un antiesclavismo periodístico, barato. En otros aspectos es muy buena. Es importantísimo para entender la historia de Cuba digerirla, tomar las fotografías y tratar de humanizarlas, lo cual implica un elemento de riesgo porque uno humaniza desde su medio y desde su época y puede cometer errores, pero de todos modos hay una forma de pensar la historia. Creo que una de las mujeres más interesantes para entender a Cuba es Gertrudis Gómez de Avellaneda, inclusive en los textos en que no habla de Cuba, en sus prodigiosas obras de teatro. Hay una forma de hacer historia en la cual no vale sólo aquello reconocido como histórico. Hay que buscar la historia sin despreciar los hechos pequeños. He tratado de hacerlo pero es una cosa demasiado grande para mí. Para mí fue también de gran fuerza la lectura de un hombre poco mencionado, uno de los mejores historiadores mexicanos del siglo pasado: Lucas Alamán dejó una historia que

es una mezcla de evolucionismo y de estudio con un lenguaje de profesor de campo. Indudablemente, uno hoy no lo haría así, pero sigue sirviendo para pensar. A mí me gusta el libro que hace pensar aunque no sea totalmente acertado, aunque el libro cometa a veces errores tremendos. A veces no está ni siquiera bien escrito pero le despierta a uno y uno siente que hay una especie de voz que lo está llamando y le dice «aquí hay algo que tú no pensaste, eres un idiota». Recientemente, Carlos Guilherme Mota ha hecho una revisión de la historia de Brasil. Son gentes de las que he aprendido muchísimo, sobre todo son libros que no valen sólo por lo que dicen sino por lo que le obligan a uno a pensar, a concluir, que lo ponen a uno en el margen del camino. Naturalmente, para eso hay que leer pensando y no buscar un dato concreto. A veces me desesperaba con los alumnos porque si le pedías alguna información, se leían el libro y de él sacaban solamente una fecha y un nombre pero no habían cogido su mensaje. Creo, en contra del prejuicio que hubo en España contra los historiadores norteamericanos, que en Estados Unidos se está escribiendo una excelente historia. En España tendré que mencionar a Eugenio Suárez y sobre todo al catalán Josep Fontana, no sólo por sus libros, que han sido para mí excelentes, sino por su enorme bondad. Creo en muchos de los hallazgos del también catalán que colaboró con nosotros en la historia del Caribe [de la UNESCO] Jordi Maluquer. El primer libro cuya lectura me impresionó fue una biografía de Cristóbal Colón de Washington Irving: *Vida del Almirante don Cristóbal Colón*. Un hombre que ha revolucionado la historia de la esclavitud es Herbert Klein. Como he sido un lector desesperado toda mi vida pudiera citar-te, pero sería absurdo, 50 ó 60 libros que han influido en mí, que me han hecho cambiar. Cuando leí a Klein, por ejemplo, me vi obligado a cambiar una serie de facetas de los estudios sobre la esclavitud. Como cambié criterios de historia de España cuando leí al catalán Fontana. A veces hay gente común que tiene como un sentido histórico, un sentido del tiempo. En cierta ocasión di las gracias en un libro a un viejo de 90 años llamado Wenceslao que conocí en los años 40 sentado en la escalinata exterior de la catedral de La Habana, que tiene nueve u ocho escalones. Me dijo que había sido esclavo y contaba la historia de una Habana Vieja desde el escalón más bajo de la escala social. Mi padre también me marcó, tenía un sentido del tiempo y de las cosas fabulosos. Una vez lo describí como alguien que sabía todo sobre aparatos eléctricos, madera, acero, etc. Siempre he tratado de reunir a las gentes que me dan, quizás sea una postura muy egoísta. Tengo 77 años y me sigo encontrando gente que me siguen entregando cosas que yo desconocía y puede ser cualquiera. Tuve una larga amistad con una prostituta con la que nunca me acosté, pero se hizo amiga mía y no

sabes cómo esa mujer me enseñó de La Habana. Yo iba mucho al Archivo Nacional; hubo una época [después de los años 60] en que se producían muchos robos en los coches estacionados allí. Dejé la puerta del mío abierta con un paquete y no me llevaron nada. Todos empezaron a hablar de mi suerte. Y un día descubrí lo que pasaba: al frente del Archivo vivía una santera a quien un día llevé a una óptica para arreglar la armadura rota de sus gafas. Todo corrió por mi cuenta y a partir de entonces, la santera se convirtió en mi protectora y no dejaba a nadie que se acercara a mi coche. No tenía la menor idea de una relación entre la santera que cuidaba mi carro y los ladrones. Esa mujer me enseñó muchísimo. Creo que sin entender el peso de la santería en la sociedad no se entiende la historia cubana. En Estados Unidos «el exilio histórico», el de los años 60, tiene hoy una posición económica buena. Decenas de ellos, se pudiera decir centenas, tienen casa propia, coches, viven con un alto nivel económico y todos son blancos y presumen de blanquísimos hasta Adán y Eva sin que se les haya mezclado una gota de sangre negra; sin embargo, están restaurando la santería y el Palo Monte. Me pregunto cómo una religión de negros dominados ha pasado a un sector dominante y en Estados Unidos donde hay esos problemas de prejuicios raciales. Frecuentemente me invitan a un tambor, a un bembé y el bembé se da en una de esas casas. Hay que explicar la santería pero no basta con decir qué ha pasado. La religión es como la fotografía, pero además hay que decir por qué ha pasado y cómo ha pasado. Eso es la historia. Por ejemplo: el exiliado de Miami niega el sincretismo y éste está influyendo en la sociedad en la primera generación y en la segunda, en sus hijos. El otro día se me apareció una alumna que venía con el novio y tenía colgado un medallón de santería. Y le dije: «¿Y eso qué es?» Y me respondió: «Un santo católico. ¿Usted no lo ve?» Y no tenía nada que ver con el catolicismo pero para ella eso era un santo católico. Lo había aceptado, sin pensarlo, sin racionalizarlo, era un comportamiento cultural. Ahora que tengo a tu hija delante quizás mi recomendación más concreta sería que no dejara de fijarse en esas cosas pequeñas, que esas cosas pequeñas no le consuman todo el tiempo, o sea que tiene que tener un tiempo para obras fundamentales y después un tiempo extra para todo este mundo que va entregando un saber, como si dijéramos un saber residual, que el historiador no siente que ocupa espacio pero que va llenando un enorme vacío y le sirve en un momento dado para pensar de una forma distinta los grandes problemas de la historia.